guro. El insecto desafia impunemente los miasmas mefíticos, los olores fuertes: la araña no los resiste. Herida en el acto, cae en convulsiones, se agita y espira. Presenciélo una vez en Lucerna: el cloroformo que por espacio de quince dias no habia logrado matar á una cometa, al primer contacto hirió de muerte á una araña. Era ésta de gran tamaño y la veia ocupada en sacrificar á un mosquito. Queriendo observarla, arrojé sobre ella una sola gota. El efecto fue terrible. Si hubiese sido un sér humano el asfixiado, la escena no fuera mas conmovedora: cayóse, se volvió á levantar y luego se rindió. Faltóle toda clase de apoyo, encontrándose sus miembros como desarticulados. Hubo un momento patético, y fue cuando apareció la fecundidad de su seno. En el estertor de la muerte sus pezones dejaron libre la nubecilla de tela, de suerte que se hubiera creido que al morir todavía se disponia á trabajar.

Dicha escena me entristeció, y esperando que tal vez el aire le devolviera la vida, dejéla en mi ventana; mas ya no era la misma. Ignoro cómo aconteció, pero lo cierto es que se habia evaporado casi, no presentando mas que un esqueleto anatómico. Su eclipsada sustancia sólo dejaba una ténue sombra. El viento se la llevó y fué á parar al lago.

XVII.

LA CASA DE LA ARAÑA, SUS AMORES.

La araña deja muy atrás á todos los insectos solitarios. No sólo tiene el nido, el punto de espera, la estacion pasajera de caza, sino que además posee (á lo menos ciertas especies) una vivienda regular, verdadera casa muy complicada, consistente en vestíbulo y alcoba, con una salida por la parte de atrás, y por último la puerta, para que nada falte, puerta fabricada de manera que se cierra sola, cayendo por su propio peso.

¡La puerta! hé aquí lo que falta hasta en las grandes ciudades de las abejas y las hormigas: esas repúblicas industriosas no han llegado todavía á tal grado de perfeccion.

Las hormigas guardan con corta diferencia la misma condicion que la mayoría del pueblo africano. Todas las noches cierran su vivienda por medio del trabajo inmenso y renovado sin cesar de una cerca con

tragaluz, no muy sólida y que obliga á colocar centinelas que vigilen la entrada. Verdad es que esas grandes tribus, tan valientes y bien armadas, no temen una invasion, y como en Lacedemonia pueden pasarse de fosos y murallas. Su fiera intrepidez ha limitado su industria.

Al contrario sucede á la pobre obrera que vive sola, aniquilada constantemente con la ternura de su hijo y su continuado trabajo, la cual para nada toma en cuenta su valentía. En ciertos países y circunstancias que la daban mas cuidado, ha debido ingeniarse sériamente, y de sus investigaciones resultó ese pequeño milagro de prudencia, de combinacion, que ha eclipsado al insecto y al hombre de las selvas. No quiero mentar los grandes animales, tan faltos de industria, exceptuando tal vez el castor.

La primer vivienda de araña (la agelena) que ví fue en las cercanías de Lucerna, consistiendo en una vaina, asaz bien fabricada, cuyo vestíbulo inclinado al Mediodía se ensanchaba por el lado de afuera como un embudo. Dicha parte externa, que constituia un pequeño abrigo bañado por el sol, era el lazo y el acechadero. La señora de la casa se estaba en el fondo del embudo, pero detrás, al extremo inferior de la vaina, habia un cuarto posterior, pequeño y seguro, en un capullo blanco muy sólido. La dueña vivia tan confiada en aquel sitio, que mientras me ocupé en desatar las sedas que enlazaban todo el edificio con el zarzal, ni siquiera probó á salir. Aquella morada no estaba averiada ni menos destruida, sino que la cambié de lugar. Al dia siguiente encontréla de nuevo reparada y amarrada al zarzal por todos lados. La situacion ya no era tan favorable, pero sin duda que la

obrera, atendido lo adelantado de la estacion (era el mes de setiembre y bajo los Alpes), no se sentia con fuerzas para volver á empezar aquel trabajo propio del estío.

En los bosques del Brasil vive una pequeña araña que suspende su casa en el centro de su tela. Al menor peligro se guarece en ella, y ya dentro, dice Swainson, se cierra bruscamente la puerta por medio de un resorte.

Empero la obra maestra de esta clase de fabricaciones, ha de verse, sobre todo en Córcega, entre el género llamado migala zapadora. Su habitacion es un pocico industriosamente trabajado, con paredes lisas y compactas y doble tapicería, grueso y rudo tapiz del lado de tierra y fino y satinado por la parte donde vive el artista. El pozo se cierra por arriba con una puerta, la cual se reduce á un disco mas ancho de arriba que de abajo, y recibido en un ensanche á fin de que cierre herméticamente. Este disco, cuyo espesor sólo mide tres líneas, contiene sin embargo treinta dobleces de tela, y entre las telas hay igual número de ligeras capas ó baños de tierra, de manera que toda la puerta consta de otras sesenta puertas. Hé aquí un modelo de paciencia; pero lo ingenioso está en que todas esas puertas de tela y de tierra encajan la una en la otra.

Las de tela en un punto prolónganse por la pared ajustándose y formando su bisagra. Dicha puerta se abre por la parte de afuera cuando la araña la levanta para salir, y ciérrase por su propio peso. Sin embargo, el enemigo tal vez lograria abrirla: el caso está previsto. En el lado opuesto á la bisagra, la puerta tiene unos agujeritos; la araña se agarra fuertemente

á ellos convirtiéndose en cerrojo vivo. (Véanse Audouin y Walckenaër).

¿Qué aconteceria si tan sorprendente obrera, colocada en circunstancias particulares é incómodas (como lo han sido las abejas por los experimentos de Huber), estuviese llamada á variar su arte y á innovar? ¿lo haria? ¿Tiene por ventura el espíritu de recurso, y en caso necesario de innovacion, que despliegan en ciertos momentos los insectos superiores? Esto vale la pena de probarse. En lo que no cabe duda es que las simples epeiras (arañas de nuestros jardines) saben muy bien, si las privais del espacio necesario para tender su velo geométrico, construir uno de redes irregulares, decreciendo proporcionalmente segun la estrechez del sitio.

Por otra parte, estos experimentos son harto difíciles. La araña es tan nerviosa, que el mismo miedo que la convierte en artista puede tambien paralizarla y hacerle perder la cabeza. Sólo su tela le da valor, y fuera de ella cualquier cosa la hace temblar. Cautiva y sin tela, entónces huye al ver á su presa, no teniendo ánimo para encararse con una mosca.

Su mísera condicion, reducida á la expectacion pasiva, explica todo su carácter. Aguardar obrando, corriendo, luchando; engañar el tiempo y el hambre, mantenerse allí inmóvil, no poder menearse sin espantar la caza, verla venir, á menudo hasta muy cerca de ella, y que se escabulle, mientras la pobre está con el estómago vacío; asistir á las danzas infinitas, apáticas del mosquito, el cual en su rayo de sol se divierte, deja correr las horas sin plegarse á los deseos de la que le dice bajito: «¡Ven acá, chiquitin... ven, hijito mio!» es un suplicio, una cadena de esperanzas y de mortificaciones.

Sin embargo, el mosquito sigue el baile y no la hace caso.

Las palabras fatales: «¿Comeré hoy?» se presentan de nuevo y desgarran sus entrañas. Luego resuena en sus oidos esta frase todavía mas siniestra: «Si hoy no como, se acabó el hilo, y entónces mucho menos puedo esperar á comer mañana.»

Todo esto da por resultado un sér lacerado, inquieto, aunque prodigiosamente despierto, alerta, y que no solo nota el mas pequeño contacto sino que tambien el rumor mas imperceptible. La sensibilidad de la araña es muy grande; la mas ligera conmocion parece sacarla de sus casillas. Cualquiera diria que se desmaya, viéndosela de repente caer de lo alto del techo, muerta de miedo.

Dicha sensibilidad (cosa muy natural) estalla sobre todo cuando es madre. Mezquina como todo avaro, no obstante es en extremo tierna y liberal para con los suyos. Mientras que las aves de rapiña, cazadores alados con tantos expedientes, cazan desde muy temprano á sus hijos viendo en ellos concurrentes glotones, y les fuerzan, á picotazos, á ir en busca de otro asilo, la araña no se contenta con conservar sus huevos en capullo, sino que en ciertas especies los sustenta vivos, ávidos, guardándolos y llevándolos sobre su lomo, ó bien los hace andar sujetos á un hilo: si hay peligro, tira del hilo, aquellos saltan encima de ella y los salva: en caso contrario, prefiere la muerte. Se han visto algunas que, para no abandonarlos, se dejaban engullir en el antro del *formica-leo;* otras, de una especie lenta, no pudiéndoles salvar, tampoco huian y dejaban que se las aprisionara junto con ellos.

Con frecuencia son sus nidos obras maestras de

arquitectura. En Interlaken (Suiza) habia admirado algunos, consistentes en largos tubos, suaves, cálidos al interior, bien alfombrados, y en la parte de afuera hábilmente disimulados con una artística mescolanza de pequeños fragmentos de hojas, de imperceptibles ramitas, de despojos de yeso gris, al extremo de confundirse perfectamente en color con la pared donde se apoyan. Mas todo esto nada vale comparado con una obra de arte que tengo ante mi vista aquí (Fontainebleau.) El dia 22 de julio de 1857 contemplé en una cochera una linda cestita redonda, cuyas dimensiones eran con corta diferencia una pulgada en todos sentidos, compuesta de diversos materiales y sin tapa (no habia temor de la lluvia). Encontrábase graciosamente colgada á una viga por medio de elegantes sustentáculos de seda, á que daré el nombre de manitas, cual las que ostentan las plantas trepadoras. Dentro, instalada sobre sus huevos, en constante incubacion, veíase una araña, la cual no se movia de allí, excepcion hecha tal vez de un momento en la noche, para ir en busca de sus alimentos. Jamás he visto animal mas miedoso: al menor rumor que sintiera, el temor hacíala huir y hasta caer. Una ocasion en que se la interrumpió con cierta brusquedad, fue tanto el miedo que la sobrecogió que no se la vió mas en todo el dia. Estuvo empollando durante seis semanas, y, sin las inquietudes que la agobiaban, tal vez hubiera proseguido por mas tiempo aquella operacion.

Madre admirable, artista ingeniosa y delicada, hembra sobre todo, y hembra nerviosa y tímida en el mas alto grado, esa extraña sensitiva me explicaba perfectamente los contrarios sentimientos que nos inspira la araña: repulsion y atraccion. Uno se desvia de ella

al par que le atrae. ¡Es tan áspera y al propio tiempo tan prodigiosamente sensible!

La araña respira como nosotros. Y los delicados pezones de donde secreta su seda, cúal nube de leche (si se la mira al microscopio), son el órgano mas femenino que tal vez ha producido la naturaleza.

¡Ah! ¡cuán solitaria vive! Exceptuando algunas especies (migala), en las que el padre ayuda un poco á la madre, no tiene que esperar auxilio de nadie. Despues del trato amoroso, el macho conviértese mas bien en enemigo de la hembra. ¡Crueles efectos de la miseria! El padre nota que sus hijos pueden servir de alimento; pero la madre, mas grande que él, hácese la misma reflexion, piensa que el comedor es comestible, y en ocasiones se almuerza á su esposo.

Estoy persuadido de que tan atroces acontecimientos no se verifican en los climas donde el bienestar y una vida abundante no depravan su natural. Empero en nuestros países, tan numerosas como son y no abundando mucho la caza, teniendo que soportar una violenta competencia, esas desdichadas viven entre ellas como los náufragos de la almadía de *La Medusa*.

Un tirano cruel, el estómago, domina á toda la naturaleza, el cual hasta el amor doma. En un sér receloso, inquieto, como la araña, el amor es muy desconfiado. Durante los mas fuertes trasportes de pasion, el macho, débil y macilento, se acerca á la majestuosa dama con grandes reservas y un respeto mezclado de terror. Adelanta y retrocede, observa; parece preguntarse á sí mismo si un sér tan altivo se ha domeñado un tanto. Emplea los tímidos medios de un lento magnetismo, en particular una paciencia extrema. No se fia gran cosa de los primeros indicios,

y sólo se entrega cuando va de veras. En fin, en el acto en que el objeto adorado solicita y se muestra sensible, ardiente en sus expansiones, no suele tenerlas todas consigo: asaltado á veces (ignoro por qué causa) de cierto pánico, se evade y huye á toda prisa.

Tal es el terrible idilio de los negros amores de nuestros techos. Entre las arañas de los jardines no se nota tanta desconfianza. La naturaleza suaviza los corazones, y hasta el áspero industrialismo blandea en la vida del campo. Vemos algunas posadas en nuestros árboles que tratan bastante bien á sus maridos, pareciendo como que se olvidan de que son sus opositores de caza: déjanlos vivir en el mismo hogar, aunque un poco apartados de ellas y con una ténue pared de por medio. La princesa consiente en que el macho habite debajo, en el piso inferior, y ella morará en el primero, teniéndolo á sus plantas y subordinado, para que no se conceptúe soberano, sino *príncipe consorte*, el *marido de la reina*.

¿Tienen algunas simpatías fuera de todo lo que no sea su especie? Háse contestado afirmativamente y yo lo creo. Están mucho menos aisladas de nosotros que los verdaderos insectos; viven en nuestras casas, y por lo tanto les interesa conocernos y parece como que nos observan. La araña presta atento oido á todas las voces y ruidos, no escapándosele lo mas mínimo. Si no tienen los órganos de audicion de los insectos (al parecer las antenas) es porque en ellas todo es antena. Su vigilancia excesiva, la irradiacion nerviosa de que está dotado todo su sér, las dan la mas viva receptividad.

Varias veces se ha citado la araña filarmónica de Pellisson. Hay otra anécdota no tan conocida pero sin

embargo no menos notable. Una de esas pequeñas víctimas que adquieren celebridad antes de tiempo, Berthome, ilustre en 1800, debia sus sorprendentes triunfos á la reclusion salvaje en que se le tenia trabajando. A la edad de ocho años era un prodigio como violinista. En medio de su soledad, Berthome tenia un compañero que nadie conocia, una araña... Al principio manteníase ésta en el ángulo de la pared, empero no tardó en tomarse la libertad de adelantar del ángulo hasta el pupitre, de éste sobre la criatura, y hasta solia posarse en el movible brazo que empuñaba el arco del violin. Allí oia de muy cerca las notas que su amiguito arrancaba al instrumento, *dilettanti* emocionada, palpitante. Aquel animalillo constituia todo un auditorio. No necesita mas el artista para amar de todo corazon.

Por desgracia el niño no tenia madre, y la que ocupaba el puesto de ésta, al introducir un dia á un aficionado en el santuario del artista, viendo al sensible animal sobre el brazo de Berthome, se descalza una de sus chinelas y de un porrazo manda al otro mundo al auditorio... El niño se desmayó, estando enfermo por espacio de tres meses y á las puertas de la muerte.